

puso el cesto sobre el antepecho, yo me salí fuera y caíme al río.

—¡Y te ahogaste!

—No, señor, porque caí sobre piedras. ¡Divina madre de Dios! Dicen que antes de eso era yo muy bonita.

—Sí; indudablemente eras muy bonita —afirmó el forastero con el alma inundada de bondad—. Y todavía lo eres... Pero dime: ¿He mucho que vives en las minas?

—Dicen que hace trece años. Dicen que mi madre me recogió después de la caída. Mi padre cayó enfermo, y como mi madre no le quiso asistir, porque era malo, él fue al hospital, donde dicen que se murió. Entonces vino mi madre a trabajar a las minas. Dicen que un día le despidió el jefe porque había bebido mucho aguardiente...

—Y tu madre se fue... Vamos, ya me interesa esa señora. Se fue...

—Se fue a un agujero muy grande que hay allá arriba —dijo la Nela, deteniéndose ante el doctor y dando a su voz el tono más patético—, y se metió dentro.

—¡Canario! ¡Vaya un fin lamentable! Supongo que no habrá vuelto a salir.

—No, señor —replicó la Nela con naturalidad—. Allí dentro está.

—Después de esa catástrofe, pobre criatura —dijo Gólfín con cariño—, has quedado trabajando aquí. Es un trabajo muy penoso el de la minería. Tú estás teñida del color del mineral; estás raquítica y mal alimentada. Esta vida destruye las naturalezas más robustas.

—No, señor, yo no trabajo. Dicen que yo no sirvo, ni puedo servir para nada.

—Quita allá, tonta, tú eres una alhaja.

—Que no, señor —dijo la Nela, insistiendo con energía—. Si no puedo trabajar. En cuanto cargo un peso pequeño caigo al suelo. Si me pongo a hacer una cosa difícil en seguida me desmayo.

—Todo sea por Dios... Vamos, que si cayeras tú en manos de personas que te supieran manejar, ya trabajarías bien.

—No, señor —repitió la Nela con tanto énfasis como si elogiara—; si yo no sirvo más que de estorbo.

—¿De modo que eres una vagabunda?

—No, señor, porque acompaño a Pablo.

—¿Y quien es Pablo?

—Ese señorito ciego, a quien usted encontró en la Terrible. Yo soy su lazarillo desde hace año y medio. Le llevo a todas partes; nos vamos por esos campos paseando.

—Parece buen muchacho ese Pablo.

La Nela se detuvo otra vez mirando al doctor. Con el rostro resplandeciente de entusiasmo, exclamó:

—¡Madre de Dios! Es lo mejor que hay en el mundo. ¡Pobre amito mío! Sin vista tiene él más talento que todos los que ven.

—Me gusta tu amo. ¿Es de este país?

—Sí, señor; es hijo único de D. Francisco Penáguilas, un caballero muy bueno y muy rico que vive en las casas de Ideacorba.

—Dime: ¿y a ti por qué te llaman la Nela? ¿Qué quiere decir eso?

La muchacha alzó los hombros. Después de una pausa, re-
puso:

—Mi madre se llamaba la seña María Canela, pero la de-
cían Nela. Dicen que este es nombre de perra. Yo me llamo
María.

—Mariquita.

—María Nela me llaman y también La Hija de la Canela.
Unos me dicen Marianela, y otros nada más que la Nela.

—¿Y tu amo, te quiere mucho?

—Sí, señor, es muy bueno. El dice que ve con mis ojos,
porque como yo le llevo a todas partes, y le digo cómo son
todas las cosas...

—Todas las cosas que no puede ver.

El forastero parecía muy gustoso de aquel coloquio.

—Sí, señor, yo le digo todo. El me pregunta cómo es -
una estrella, y yo se la pinto de tal modo hablando, que pa-
ra él es lo mismito que si la viera. Yo le explico todo, có-
mo son las yerbas, y las nubes, el cielo, el agua y los re-
lámpagos, las veletas, las mariposas, el humo, los caracoles,
el cuerpo y la cara de las personas y de los animales. Yo le
digo lo que es feo y lo que es bonito, y así se va enterando
de todo.

—Veo que no es flojo tu trabajo. ¡Lo feo y lo bonito!
Ahí es nada... ¿Te ocupas de eso?... Dime, ¿sabes leer?

—No, señor. Si yo no sirvo para nada.

Decía esto en el tono más convincente, y el gesto de -
que acompañaba su firme protesta, parecía añadir: "Es us-
ted un majadero en suponer que yo sirvo para algo."

—¿No verías con gusto que tu amito recibiera de Dios -
el don de la vista?

La muchacha no contestó nada, después de una pausa, di-

—¡Divino Dios! Eso es imposible.

—Imposible no, aunque difícil.

—El ingeniero director de las minas ha dado esperanzas
padre de mí amo.

—¿Don Carlos Golfín?

—Sí, señor; D. Carlos tiene un hermano médico que cura
los ojos, y, según dicen, da vista a los ciegos, arregla a -
los tuertos y les endereza los ojos a los bizcos.

—¡Qué hombre más hábil!

—Sí, señor; y como ahora el médico anunció a su hermano
que iba a venir, su hermano le escribió diciéndole que trajera
las herramientas para ver si le podía dar vista a Pablo.

—¿Y ha venido ya ese buen hombre?

—No, señor; como anda siempre allá por las Américas y -
las Inglaterras, parece que tardará en venir. Pero Pablo se
afie de esto y dice que no le dará ese hombre lo que la Virgen
Antísima le negó desde el nacer.

—Quizás tenga razón... Pero dime: ¿estamos ya cerca?...
porque veo chimeneas que arrojan un humo más negro que el del
infierno, y veo también una claridad que parece de fragua.

—Sí, señor, ya llegamos. Aquellos son los hornos de la
calcinación, que arden día y noche. Aquí enfrente están las
máquinas de lavado, que no trabajan sino de día; a mano dere-
cha está el taller de composturas, y allá abajo, a lo último
de todo, las oficinas.

En efecto, el lugar aparecía a los ojos de Golfín como
lo describía Marianela. Esparciéndose el humo por falta de -
aire, envolvía en una como gasa oscura y sucia todos los edi-

ficios, cuyas masas negras señalábanse confusa y fantásticamente sobre el cielo iluminado por la luna.

—Más hermoso es esto para verlo una vez que para vivir aquí —indicó Golfín apresurando el paso—. La nube de humo lo envuelve todo, y las luces forman un disco borroso, como el de la luna en noches de bochorno. ¿En dónde están las oficinas?

—Allá; ya pronto llegamos.

Después de pasar por delante de los hornos, cuyo calor obligó a apretar el paso, el doctor vio un edificio tan negro y ahumado como todos los demás. Verlo y sentir los gratos sonidos de un piano teclado con verdadero frenesí musical, fue todo uno.

—Música tenemos. Conozco las manos de mi cuñada.

—Es la señorita Sofía que toca —afirmó María.

Claridad de alegres habitaciones lucía en los huecos, y el balcón principal estaba abierto. Veíase en él una pequeña ascua; era la lumbre de un cigarro. Antes que el doctor llegase, aquella ascua cayó, describiendo una perpendicular, y dividiéndose en menudas y saltonas chispas; era que el fumador había arrojado la colilla.

—Allí está el fumador sempiterno —gritó el doctor con acento del más vivo cariño—. ¡Carlos, Carlos!

—¡Teodoro! —contestó una voz en el balcón.

Calló el piano, como un ave cantora que se asusta del ruido. Sonaron pasos en la casa. El doctor dio una moneda de plata a su guía y corrió hacia la puerta.

LA FAMILIA DE PIEDRA

Menudeando el paso y saltando sobre los obstáculos que hallaba en su camino, la Nela se dirigió a la casa que está detrás de los talleres de maquinaria y junto a las cuadras donde rumiaban pausada y gravemente las sesenta mulas del establecimiento. Era la morada del señor Centeno de moderna construcción, si bien nada elegante ni aun cómoda. Baja del techo, pequeña para albergar en sus tres piezas a los esposos Centeno, a los cuatro hijos de los esposos Centeno, al gato de los esposos Centeno, y por añadidura, a la Nela, la casa, no obstante, figuraba en los planos de vitela de aquel gran establecimiento ostentando orgullosa, como otras muchas, este letrero: *Vivienda de capataces.*

En lo interior el edificio servía para probar prácticamente un aforismo que ya conocemos, por haberlo visto enunciado por la misma Marianela; es, a saber, que ella, Marianela, servía más que de estorbo. En efecto; allí había sitio para todo: para los esposos Centeno; para las herramientas de los hijos; para mil cachivaches de cuya utilidad no hay pruebas inconcusas; para el gato; para el plato en que comía el gato; para la guitarra de Tanasio; para los materiales que el mismo empleaba en componer *garrotes* (cestas); para media docena de colleras viejas de mulas; para la jaula del mirlo; para dos peroles inútiles; para un altar en que la de Centeno comía a la Divinidad ofrenda de flores de trapo y unas velas especulares, colonizadas por las moscas; para todo absolutamente menos para la hija de la Canela. Frecuentemente se oía:

—¡Que no he de dar un paso sin tropezar con esta condeada de Nela!...

También se oía esto:

—Vete a tu rincón... ¡Qué criatura! Ni hace ni deja hacer a los demás.

La casa constaba de tres piezas y un desván. Era la primera, además de corredor y sala, alcoba de los Centenos mayores. En la segunda dormían las dos señoritas, que eran ya mujeres, y se llamaban la Mariuca y la Pepina, Tanasio, el primogénito, se agasajaba en el desván, y Celipín, que era el más pequeño de la familia y frisaba en los doce años, tenía su dormitorio en la cocina, la pieza más interna, más remota, más crepuscular, más ahumada y más inhabitable de las tres que componían la morada centenil.

La Nela, durante los largos años de su residencia allí, había ocupado distintos rincones, pasando de uno a otro conforme lo exigía la instalación de mil objetos que no servían sino para robar a los seres vivos su último pedazo de suelo habitable. En cierta ocasión (no conocemos la fecha con exactitud), Tanasio, que era tan imposibilitado de piernas como de ingenio, y se había dedicado a la construcción de grandes cestas de avellano, puso en la cocina, formando pila, hasta media docena de aquellos ventrudos ejemplares de su industria. Entonces la de la Canela volyó tristemente sus ojos en derredor, sin hallar sitio donde albergarse; pero la misma contrariedad sugirióle repentina y felicísima idea, que al instante puso en ejecución. Metióse bonitamente en una cesta, y así pasó la noche en fácil y tranquilo sueño. Indudablemente aquello era bueno y cómodo: cuando tenía frío tapábase con otra cesta. Desde entonces, siempre que había garrotes grandes, no careció de estuche en qué encerrarse. Por eso decían en la casa: —"Duerme como una alhaja."

Durante la comida, y entre la algazara de una conversación animada sobre el trabajo de la mañana, oíase una voz que bruscamente decía: "Toma." La Nela recogía una escudilla de manos de cualquier Centeno grande o chico, y se sentaba contra el arca a comer sosegadamente. También solía oírse al fin de la comida la voz áspera y becerril del Sr. Centeno diciendo a su esposa en tono de reconvención: "Mujer, que no has dado nada a la pobre Nela." A veces acontecía que la Señana (este nombre se había formado de señora Ana) moviera

la cabeza para buscar con los ojos, por entre los cuerpos de sus hijos, algún objeto pequeño y lejano, y que al mismo tiempo dijera: "Pues qué, ¿estaba ahí? Yo pensé que también hoy se había quedado en Aldeacorba."

Por las noches, después de cenar, rezaban el rosario. Tambaleándose como sacerdotistas de Baco, y revolviendo sus apretados puños en el hueco de los ojos, la Mariuca y la Pepina se iban a sus lechos, que eran cómodos y confortantes, paramentados con abigarradas colchas.

Poco después oíase un roncante duo de contraltos aletargados que duraba sin interrupción hasta el amanecer.

Tanasio subía al alto aposento y Celipín se acurrucaba sobre haraposas mantas, no lejos de las cestas donde desaparecía la Nela.

Acomodados así los hijos, los padres permanecían un rato en la pieza principal, y mientras Centeno, sentándose estiradamente junto a la mesilla y tomando un periódico, hacía mil muecas y visajes que indicaban el atrevido intento de leerlo, la Señana sacaba del arca una media repleta de dinero, y después de contado y de añadir o quitar algunas piezas, lo volvía a poner cuidadosamente en su sitio. Sacaba después diferentes lños de papel que contenían monedas de oro, y trasegaba algunas piezas de uno en otro apartadizo. Entonces solían oírse frases sueltas como estas:

—He tomado treinta y dos reales para el refajo de la Mariuca... A Tanasio le he puesto los seis reales que se le quitaron... Sólo nos faltan once duros para los quinientos...

O como estas:

—"Señores diputados que dijeron sí..." Ayer celebró una conferencia, etcétera."

Los dedos de Señana sumaban, y el de Sinforoso Centeno seguía tembloroso y vacilante los renglones, para poder guiar su espíritu por aquel laberinto de letras.

Aquellas frases iban poco a poco resolviéndose en palabras sueltas, después de monosílabos; oíase un bostezo, otro, y al fin todo quedaba en plácido silencio, después de extinguida la luz, a cuyo resplandor había enriquecido sus conocimientos el capataz de mulas.

Una noche, después que todo calló, dejóse oír ruido de cestas en la cocina. Como ahí había alguna claridad, porque jamás se cerraba la madera del ventanillo, Celipín Centeno, que no dormía aún, vio que las dos cestas más altas, colocadas una contra otra, se separaban, abriéndose como las conchas de un bivalvo. Por el hueco aparecieron la naricilla y los negros ojos de Nela.

—Celipín, Celipinillo —dijo ésta, sacando también su mano—. ¿Estás dormido?

—No, despierto estoy. Nela, pareces una almeja. ¿Qué quieres?

—Toma, toma esta peseta que me dio esta noche un caba-llero, hermano de don Carlos... ¿Cuánto has juntado ya?... Este sí que es un regalo. Nunca te había dado más que cuartos.

—Dame acá; muchas gracias, Nela —dijo el muchacho, incorporándose para tomar la moneda—. Cuarto a cuarto, ya me has dado al pie de treinta y dos reales... Aquí lo tengo en el seno, muy bien guardadito en el saco que me diste. ¡Eres una real moza!

—Yo no quiero para nada el dinero. Guárdalo bien, porque si la Señana te lo descubre, creará que es para vicios y te pegará con el palo grande.

—No, no es para vicios, no es para vicios —dijo el chico con energía, oprimiéndose el seno con una mano, mientras sostenía su cabeza en la otra—, es para hacerme hombre de provecho, Nela, para hacerme hombre de pesquis, como muchos que conozco. El domingo, si me dejan ir a Villamojada, he de comprar una cartilla para aprender a leer, ya que aquí no quieren enseñarme. ¡Córcholis! Aprenderé solo. ¡Ah!

Nela, dicen que D. Carlos era hijo de uno que barría las calles en Madrid. El solo, solito él, con la ayuda de Dios, aprendió todo lo que sabe.

—Puede que pienses tú hacer lo mismo, bobo.

—¡Córcholis! Puesto que mis padres no quieren sacarme de estas condenadas minas, yo me buscaré otro camino; sí, ya verás quién es Celipín. Yo no sirvo para esto, Nela. Deja tú que tenga reunida una buena cantidad, y verás, verás como me planto en la villa, y allí, o tomo el tren para irme a Madrid, o un vapor que me lleve a las islas de allá lejos, o me meto a servir con tal que me dejen estudiar.

—¡Madre de Dios divino! ¡Qué calladas tenías esas picardías! —dijo la Nela, abriendo más las conchas de su estuche y echando fuera toda la cabeza.

—¿Pero tú me tienes por bobo?... ¡Ah! Nelilla, estoy rabiando. Yo no puedo vivir así, yo me muero en las minas. ¡Córcholis! Paso las noches llorando, y me muerdo las manos, y... no te asustes, Nela, ni me creas malo por lo que voy a decirte: a ti sola te lo digo.

—¿Qué?

—Que no quiero a mi madre ni a mi padre como los debería querer.

—Ea, pues si haces eso, no te vuelvo a dar un real. ¡Celipín, por amor de Dios, piensa bien lo que dices!

—No lo puedo remediar. Ya ves cómo nos tienen aquí. ¡Córcholis! No somos gente, sino animales. A veces se me pone en la cabeza que somos menos que las mulas, y yo me pregunto si me diferencio en algo de un borrico... Coger una cesta llena de mineral y echarla en un vagón; empujar el vagón hasta los hornos; revolver con un palo el mineral que está lavando. ¡Ay!... (al decir esto los sollozos cortaban la voz del infeliz muchacho.) ¡Cor... córcholis! El que pase muchos años en este trabajo, al fin se ha de volver malo, y sus sesos serán de calamina... No, Celipín no sirve para esto... Les digo a mis padres que me saquen de aquí y me pon-

gan a estudiar, y responden que son pobres y que yo tengo mucha fantasía. Nada, nada, no somos más que bestias que ganamos un jornal... ¿Pero tú no me dices nada?

La Nela no respondió... Quizás comparaba la triste condición de su compañero con la suya propia, hallando ésta infinitamente más aflictiva.

—¿Qué quieres tú que yo te diga? —replicó al fin—. Como yo no puedo ser nunca nada, como yo no soy persona, nada te puedo decir... Pero no pienses esas cosas malas, no pienses eso de tus padres.

—Tú lo dices por consolarme; pero bien ves que tengo razón... y me parece que estás llorando.

—Yo no.

—Sí; tú estás llorando.

—Cada uno tiene sus cositas que llorar —repuso María con voz sofocada—. Pero es muy tarde, Celipe, y es preciso dormir.

—Todavía no... ¡córcholis!

—Sí, hijito. Duérmete y no pienses en esas cosas malas. Buenas noches.

Cerráronse las conchas de almeja y todo quedó en silencio.

Se ha declamado mucho contra el positivismo de las ciudades, plaga que entre las galas y el esplendor de la cultura corroe los cimientos morales de la sociedad; pero hay una plaga más terrible, y es el positivismo de las aldeas, que petrifica millones de seres, matando en ellos toda ambición noble y encerrándoles en el círculo de una existencia mecánica, brutal y tenebrosa. Hay en nuestras sociedades enemigos muy espantosos, a saber: la especulación, el agio, la metalización del hombre culto, el negocio; pero sobre éstos descuellos un monstruo que a la callada destroza más que ninguno: es la codicia del aldeano. Para el aldeano codicioso

no hay ley moral, ni religión, ni nociones claras del bien; todo esto se revuelve en su alma con supersticiones y cálculos groseros, formando un todo inexplicable. Bajo el hipócrita candor se esconde una aritmética parda que supera en agudeza y perspicacia a cuanto idearon los matemáticos más expertos. Un aldeano que toma el gusto a los ochavos y sueña con trocarlos en plata para convertir después la plata en oro, es la bestia más innoble que puede imaginarse; porque tiene todas las malicias y sutilezas del hombre y una sequedad de sentimientos que espanta. Su alma se va condensando hasta no ser más que un graduador de cantidades. La ignorancia, la rusticidad, la miseria en el vivir completan esta abominable pieza, quitándole todos los medios de disimular su descarnado interior. Contando por los dedos, es capaz de reducir a números todo el orden moral, y la conciencia y el alma toda.

La Señana y el Sr. Centeno, que habían hallado al fin, después de mil angustias, su pedazo de pan en las minas de So cartes, reunían, con el trabajo de sus cuatro hijos, un jornal que les habría parecido fortuna de príncipes en los tiempos en que andaban de feria en feria vendiendo pucheros. Debe decirse, tocante a las facultades intelectuales del Sr. Centeno, que su cabeza, en opinión de muchos, rivalizaba en dureza con el martillo pilón montado en los talleres; no así tocante a las de Señana, que parecía mujer de muchísimo caletre y trastienda y gobernaba toda la casa como gobernaría el más sabio príncipe sus Estados. Ella apandaba bonitamente el jornal de su marido y de sus hijos, que era una hermosa suma, y cada vez que había cobranza, parecía que entraba por las puertas de su casa el mismo Jesús Sacramentado; tal era el gusto que la vista de las monedas le producía.

La Señana daba muy pocas comodidades a sus hijos en cambio de la hacienda que con las manos de ellos iba formando; pero como no se quejaban de aquella atroz y degradante miseria en que vivían; como no mostraban nunca pujos de emancipación ni anhelo de otra vida mejor y más digna de seres inteligentes, la Señana dejaba correr los días. Muchos pasaron antes que sus hijas durmieran en camas; muchísimos antes que cubrieran sus lozanas carnes con vestidos decentes. Dábalas de comer sobria y metódicamente haciéndose partidaria en esto de los preceptos higiénicos más en boga; pero la comida en su ca